



Penalidades del invierno.



## LA MUJER EN TODOS LOS PUEBLOS.

### I.

Si Dios no consideró completa su grande obra de la creación hasta haber formado á la muger, tampoco la sociedad debió considerarse debidamente constituida hasta colocar á la muger en el lugar que le correspondía, haciendo de ella la base de la familia, y por consiguiente de la sociedad.

No veamos solo en esa mitad del género humano sus bellezas, que suele ser flor de un día, busquemos las nobles inspiraciones de su alma y los dulces sentimientos de su corazón.

Dotada la naturaleza humana de varios afectos cuyo conjunto forma su perfección, no los reunió Dios todos en una misma criatura. Sería demasiado perfecta y no habría diferencia alguna entre los ángeles y ella. Distribuyó en dos seres las cualidades de que plugo dotar á la especie humana, haciendo así necesarios el uno al otro.

No se envanezca, pues, el hombre cuando en su orgullo infundado dice á la muger comparándose: *yo soy tu señor*. ¡Señorío imaginario, absurdo y ridículo cuando depende de su tierna compañera!

Mas fuerte es sin duda el hombre, pero con su poder de fuerza no sería mas que un instrumento de destrucción, y acabaría por destruirse á sí propio si no templase sus instintos la dulzura de la muger, su cariño; siendo por esto el lazo que une á los hombres. Fuente de ternura, modelo de caridad, oponiendo la dulzura á la violencia, la muger conserva esa admirable armonía que sostiene la sociedad, y es la primera condicion de su existencia.

Por su desgracia, el hombre ha empleado contra su compañera natural las mismas dotes que debe á Dios para protegerla. Apoderóse desde luego de él el genio de la dominación, y su egoísmo ha sido en los antiguos tiempos, y es todavía en los países poco civilizados el único afecto que ha reinado en su corazón de bronce. La muger fué la primera víctima de su injusticia, y por do quiera la vemos esclava en las edades primitivas.

El Oriente, cuna del género humano y de la sociedad, dió el lamentable ejemplo de la opresión del sexo débil; y tales raíces echó en aquellas regiones tan funesto y vergonzoso sistema, que aun subsiste inalterable al cabo de tantos siglos y al través de tantas revoluciones: esclava es todavía la muger en el Oriente; y solo el Occidente la ha emancipado.

—Has nacido para ser esclava del hombre y para servirle, —dice la ley de los orientales;— si rie has de reír; has de llorar si llora; si está ausente tu dueño, debes ponerte los peores vestidos y vivir en continua tristeza: si presente, le mirarás como á tu señor y Dios, y te pondrás á sus plantas: recibe como la mayor felicidad sus malos tratamientos; y cuando muera solo serás honrada quemándote con su cadáver en una misma pira.

Y como si no fuera bastante tamaña degradación, rebájase allí el sexo hasta considerar á la muger como un objeto cualquiera de comercio, como una vil mercancía. Vendidas y compradas las mugeres en horrible mercado como los rebaños, amontonábanse luego en un harem, donde yacen á

disposición de su dueño, que baja á escogerlas con la misma indiferencia que si eligiese en su cuadra un caballo que habia de montar aquella tarde.

Esta culpa la espian esos pueblos, sobre los que parece pesar una eterna maldición.

Allí donde la muger es esclava tambien lo es el hombre: el despotismo y la degradación, es la muerte, sin duda providencial, de esas regiones donde la parte mas hermosa de la especie humana se ha visto despojada de sus legítimos derechos. La inspiración del genio no los inflama tampoco, porque el genio está muerto donde la muger no le alienta con sus miradas; y muertos los orientales para el amor, lo están asimismo para la civilización.

### II.

Menos injustos los pueblos de Grecia y Roma, si en ellos la muger no estuvo completamente emancipada, fué mas llevadera su suerte.

Participaron, sin embargo, de la preocupación de que la muger es un ser de especie inferior al hombre: todavía se la tuvo reducida á una triste dependencia, y, encerrada en lo interior de su hogar, no encantaba á la sociedad con su hermosura y atractivos. Mas estimóse la lo bastante para no venderla como vil mercancía, para unirse á ella el hombre con nudo estrecho é indisoluble, para que fuese una sola su esposa, y no amontonar bajo un mismo techo infelices instrumentos de una pasión material. Consideróse ya la muger como la compañera del hombre, si bien sujeta á él; y aunque no inspiró adoración ni entusiasmo, concediósele al menos respeto.

A esas naciones cupo otra suerte. Brilló en ellas la antorcha de la libertad, y la civilización llegó á grande altura.

Pero tan equivocada era la idea que generalmente se tenía de la bella mitad de la especie humana, tan cegada se hallaba la fuente del verdadero conocimiento en este punto, que fué menester nada menos que la intervención de un Dios para disipar un error de tantos siglos. Solo Dios, criador de la muger, y que la dotó de tan hermosas prendas, podía sacarla de su servidumbre, solo su poder podía enaltecerla. Venido á destruir todo linaje de esclavitud, el cristianismo acabó tambien con la doméstica, oprobio de las edades anteriores.

Realzada ya la que portantos siglos habia estado abatida; lavada por María la mancha de Eva, divinizada aquella, pasó á ser objeto de las adoraciones del hombre: al harem sustituyó el altar: de esclava pasó á ser la muger señora, y el dulce imperio que ejerció sobre los corazones, templó la ferocidad de una época, bien triste por otro lado para los pueblos. La muger entonces se confundió con la religión; el culto de ambas formó el carácter principal de la caballería, institución de tan gloriosos recuerdos, y que creó España la primera; y así como la religión era espiritual, pura y sublime así el amor vino á tener iguales cualidades, despojándose de los afectos sensuales que un tiempo le dominaron exclusivamente. Acaso fué exageración aquel espiritualismo del amor, pero esta misma exageración produjo virtudes y heroísmo, y purificó una sociedad donde tantas malas pasiones fermentaban.

Cediendo tan noble entusiasmo, no es ya en el día el amor una religión para el hombre, pero elevada la muger á



tanta altura, no ha podido descender al envilecimiento, y ha quedado entre nosotros igual á aquel. Querida y respetada, osténtase con su compañero dando vida á la sociedad de que es el alma. Ella anima las reuniones, embellece nuestros paseos, encanta nuestros hogares, alivia nuestras penas, participa de nuestras alegrías y pesares, y labra en el trono á veces la prosperidad y gloria de los pueblos.

Ni la lira de los poetas, ni el pincel de Apeles, ni el compás de los geómetras, son ajenos á su sexo; y con ellos ha disputado al hombre y conseguido mil veces la palma de la victoria en las lides de la inteligencia.

La muger ha recobrado su dignidad perdida, y nadie hay ya en las naciones civilizadas que crea que es inferior al hombre porque tenga menor fuerza física, porque la haya destinado el cielo á fines no menos indispensables y honrosos que los de la otra mitad de la especie.

Felicitémonos, pues, de este dichoso cambio que ha experimentado la suerte de la muger al influjo de la ilustración y de la libertad que dió el Salvador á los pueblos. A él debemos este movimiento progresivo que nos encamina á la perfección en todo, señal positiva de nuestra superioridad sobre los antiguos y sobre las naciones donde todavía es la muger esclava.

La dignidad de la muger es la dignidad del hombre, á quien cria y educa; su estimación, la suya propia; cuanto mas realce á su compañera, mas se realza á sí propio.

Alma y vida de los pueblos libres é ilustrados, origen de acciones grandes, el valor, el genio y el entusiasmo que producen los hechos heroicos, no perecerá en nosotros mientras la muger nos inflame y anime, mientras aspiremos, rodeada de consideración, á merecer la suya.

En el interés, cada día creciente, con que miramos á la que ha sido nuestra madre y es nuestra compañera, fuente de cariño y de consuelo, raudal de inspiración y de entusiasmo, viva imagen de la caridad; vamos á dedicarle algunas líneas presentando un bosquejo ligero de la suerte de su sexo en todos los países desde que ha podido adquirirse su conocimiento. A nadie como á la muger importa tanto; aunque entre nosotros se ocupan pocos de este asunto. No así en otros países, donde ven la luz de continuo multitud de obras de los mas distinguidos escritores, algunas de las cuales nos sirven de guía, y algo mas, para reseñar la historia de la muger. También hay enseñanza para el hombre que abusa de su fuerza con el ser que debía estar por tantas causas exento de ella enteramente. Avergonzándose de haber correspondido á la ternura con la fiereza, al amor con la soberbia, purgará querrá los pecados de su especie rodeando de consideraciones, siquiera por egoismo, á la que le realza en la sociedad, á la madre de sus hijos.

Rápida como va á ser esta ojeada sobre la condición de la muger en todos los países y edades, nada omitiremos esencial en obsequio á nuestro propósito. Fija nuestra vista en esa mitad del género humano, la llevaremos primero á los pueblos primitivos, y al seno, despues de las primeras civilizaciones. La seguiremos en las naciones poderosas de la antigüedad que resumieron los progresos materiales del hombre sin aceptar en la práctica su amor al bello sexo, y llegaremos por último, á las sociedades cristianas en que tantos adelantos ha hecho la doctrina sublime de Jesucristo.

### III.

Los pueblos primitivos de Europa se conservan todavía cerca de los polos. Allí, en medio de montañas coronadas de nieves eternas, el lapón, pastor ó cazador, apacenta sus renghiferos, tiende sus redes y persigue la caza de que se alimenta. Dos meses de sol, los largos crepúsculos y las auroras boreales, iluminan sus escursiones hasta los últimos límites de la vegetación. Pequeño y sin fuerza, el lapón halla en la muger una compañera voluntaria de sus trabajos. La costumbre para decidir su pretension es bien original. Parten á una señal la muger y el hombre, llevando desde luego aquella un tercio de distancia. Si llega antes á la meta, no se verifica el matrimonio; sino se esfuerza en disputar la victoria se une al vencedor.

Siguiendo las orillas del Océano Artico, hallamos á los ostiakos, los samoyedos y tonguses, que tratan á sus mugeres como siervas, y las abruman de trabajo, y las venden como animales.

En las riberas del Irtisch venden los padres á sus hijas, y los maridos disponen de sus mugeres en obsequio ó lucro de sus amigos ó de los estrangeros. La siberiana es un mueble que pasa de mano en mano, y sufre en sus últimos días la humillación de servir á sus jóvenes rivales.

Las kamtschadales, por el contrario, tienen sobre sus maridos no pequeño ascendiente; gracias á su belleza y al cuidado que ponen en conservarla, no menos que á la superioridad de su inteligencia.

Frente á la isla Kamtschatka están las Alevutianas. En estas pertenece la muger al que puede mantenerla, dándose el raro espectáculo de asociarse los pobres para mantener una en comun.

En Puerto Francés, los padres dejan á sus hijas una libertad ilimitada, y consienten en enlaces pasajeros con los cazadores del Canadá.

Entre los indios castores y otros pueblos de Groenlandia, no puede ser mas deplorable la suerte de la muger. Enagada por el autor de sus días, acaso desde su nacimiento, su dueño dispone de ella á su voluntad, y es objeto de los peores tratamientos. Encargada de todo, solo se ocupa el hombre de su propio adorno, y ni osa tocar á nada de lo que á este pertenece, sin relacion con él todo el tiempo de su embarazo y lactancia, por considerarla impura. Sin embargo de tan triste condición, puede mas que el temor el amor de madre, y raros son los abortos forzados. No lo son menos los suicidios, á pesar de la tiranía de las suegras, del horrible porvenir que aguarda á una esposa infecunda. Arrojada entonces del lecho conyugal, rara vez halla otro techo que la libre de la muerte. Mas infeliz si viuda con niños de corta edad, sin nadie que la proteja del pillaje de sus convecinos, ni tomesobre sí el mantenerla y á sus hijos, sucumbe con ellos á la fatalidad del destino. La existencia de un adulto es la única garantía de la viudez; pero ¿ha cesado de sufrir la muger en esa region desventurada? Nada menos que eso, por desgracia, y su fortuna está en que no llegue á la vejez, situación para ella de alarma continua, de inminente y constante peligro. La magia es el terror de esos pueblos, y rara es la anciana sobre la que no recaea la sospecha de practicarla. ¿Experimenta un groenlandés alguna desgracia? Obra es de una vieja hechicera, de la que tiene mas cerca, víctima de su furor, y



hasta del de sus propios parientes sin que ni sus padres ni sus hijos la defiendan. No es poco frecuente por esto ver á una anciana encorvada por el peso de los años pedir con ahínco la muerte, siempre pendiente sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Si pasamos de los climas rigurosos del polo á las zonas templadas, hallaremos sin entre los indios del Arkansas y del Misouri la poligamia ilimitada, y entre los maudanes y osages el derecho de propiedad del marido sobre sus cunadas; y en todos, que aparte de la caza, todos los trabajos son de la muger, tratada sin la menor consideracion.

De todas las virtudes de la muger, la castidad es la que menos estima el salvaje de la América del Norte. Los padres y los maridos ofrecen sin escrúpulo á los estrangeros, y por cualquier bagatela, sus hijas y mugeres, y aun hay otra costumbre vergonzosa que rebaja mas á ese sexo pudoroso. ¿Qué respeto pueden tener así esos pueblos al matrimonio, qué amor y afección á su compañera? ¿Qué extraño la espulsen con los hijos al menor capricho, ó la den un rival de quien la hagan esclava!

La suerte de la muger varia infinito entre las innumerables tribus salvajes que pueblan el vasto continente americano. Los pescadores son menos feroces que los cazadores, y al paso que algunos confieren ciertos derechos á la esposa, otros la tratan peor que los del Norte: ejemplo los caribes, cuyo desprecio á su compañera llega al punto de tener un idioma *exprofeso* para ellas, y no el mejor, y los antropófagos que á veces la devoran.

En medio de estos hábitos de opresion, la superstición únicamente tiene el poder de emancipar á la muger y de sustituir, en muy pocos casos, su yugo al yugo del hombre. Entre los natchez, en la familia reinante, que pretende descender del sol, la nobleza se trasmite por la muger, y es preferida al varon en el orden de suceder. Las princesas tienen derecho de vida y muerte sobre sus maridos, que no son de sangre real, y no deja de suceder que al fallecimiento de aquella sea éste sacrificado á sus manes por su propio hijo.

#### IV.

Los primitivos pueblos del Asia y del Africa presentan el mismo carácter general de opresion del hombre para con la muger, el mismo menosprecio.

Los indigenas de Filipinas la compran como ellos, pero se contentan con una; y al paso que los salvajes de la Nueva Holanda abusan de su autoridad absoluta, los insulares de Radak tratan á sus esposas como compañeras.

En la Nueva Zelandia donde tambien existe la poligamia, la primera muger manda á las demás.

En Otaiti, antes de su conversion al cristianismo, la muger acabada en fuerza de humillaciones, mirada como impura y sometida aun á las brutalidades de sus hijos, ni comia en presencia de su marido, ni entraba en el templo. En las islas de Sandwich, castigábase con la muerte la violacion de estas prohibiciones, y ninguno de los alimentos que se ofrecian á los ídolos podian servir de alimento á la muger, que ni podia tocar á nada que perteneciese á su marido, ni usar los vasos ni el fuego que éste usaba.

Aunque tratada con menos dureza, está escluida en las Islas de los Amigos de las funciones religiosas, y en las de las Pascuas son de todos las mugeres, cediéndolas, por no

decir alquilándolas, lo mismo que en Madagascar, á los europeos, por cualquier cosa, honrándose unos pueblos con las criaturas procedentes de este comercio, al paso que otros las inmolan.

Tambien los cafres compran las mugeres, y consienten la separacion mediante reintegro del precio que les costaron, castigando en el adultero, y pecuniariamente, la infidelidad de su muger, que goza de la mayor libertad y cultiva la tierra, mientras el marido conduce á pastar los rebaños.

Entre los hotentotes se ha de cortar la falange de un dedo la muger que pasa á segundas nupcias; y los bosjemanos sus vecinos y enemigos, viven en un estado tal de embrutecimiento, que hasta desconocen el vínculo conyugal.

En Congo se toman las mugeres á prueba. Al estar en cinta la elegida, el hombre satisfecho de su fecundidad, invita á sus parientes á comer un cordero, y queda consumado el matrimonio.

Los negros ejercen por lo general un poder sin límites sobre sus numerosas mugeres, que despiden y vuelven á tomar á su arbitrio, que venden y permutan á los europeos, por una botella de aguardiente ó una pieza de tela de algodón; y llega el envilecimiento de la muger al extremo de que á los mismos esclavos sirvan de rodillas las siervas.

Tampoco está en la menor relacion con su marido durante su embarazo y la lactancia; y solo una muger, la hija del rey, goza de un privilegio singular, el de elegir el hombre que quiera, verdadero siervo de su esposa, en cuyas manos está su vida. Y no hablemos, porque pertenece á otra historia, de la supersticion, de la bárbara costumbre de inmolar treinta mugeres en la isla de Bissao y Costa de Oro, á la muerte de sus caciques, para que les sirvan en el otro mundo.

Si mirando atrás, abrazamos en su conjunto el aflictivo cuadro que á grandes rasgos, acabamos de trazar de la suerte reservada á la muger en todos los pueblos primitivos, ¿qué es lo que vemos? El egoismo del sexo fuerte, el abuso de su fuerza. Ocupado incesantemente, cualquiera que sea la latitud que habite, del cuidado de proveer á las necesidades de la vida material, inquieto por su porvenir, amenazado en su existencia por la guerra eterna de los pueblos vecinos, cuando no por el hambre, deja, bajo la influencia de estas preocupaciones diarias y del momento, dominar el apetito material de un cuerpo abandonado del pensamiento, y pesa con toda su fuerza sobre los seres débiles que no le oponen por su natural dulzura la menor resistencia.

Y la muger envilecida desde su infancia por esta terrible opresion, acepta sin murmurar, y resignada como siempre, su esclavitud; por temor á los malos tratamientos se anula moralmente, y en esta sociedad sin reposo, en que se ostenta la ruda naturaleza, todas las relaciones son ásperas y bruscas. Y si á veces el alma intenta en sus aspiraciones dominar el cuerpo, apagan su voz las necesidades materiales, nunca segura su satisfaccion aun en las tribus no errantes, por el atraso de esos pueblos.

Dedúcese de aquí, que la ignorancia es la causa de la desgracia de la muger, cuya condicion ha ido mejorando á medida que se han difundido las luces.

A. P.





Vista de la catedral de Angulema.



## ABSIDE DE LA CATEDRAL DE ANGULEMA.

La ciudad de Angulema corona una pequeña montaña. De lejos atrae las miradas por la torre romana de su catedral de San Pedro, que domina la torre polígona del palacio, algunos pequeños campanarios y todos los demás edificios que sombrean la línea monótona de casas. Esta torre romana y el ábside, cuyo dibujo damos, son los últimos recuerdos de un monumento religioso, que era en su conjunto y detalles la mas pura y la mas rica muestra de la arquitectura romana en su tercera época, es decir, el romano florido. Pocas provincias hay en Francia tan ricas como el Angoumois en iglesias romanas, hallándose cerca de quinientas tanto parroquiales, conventuales, como simples capillas construidas en el departamento de Charente, en las que no hay una octava que sea de estilo ojival. Pero la mayor parte de estos edificios religiosos, han sufrido en diferentes épocas tales modificaciones, que parecen mutilaciones; se ha querido hacerlas mas capaces y espaciosas, y se les ha convertido en deformes, acoplando estilos que no pueden unirse; juntando por ejemplo, capillas laterales de estilo ojival á naves bajas romanas, de una forma tan severa y tan imponente, ó cortando elegantes ábsides para reemplazarlas con cruces góticas: tal ha sido la suerte de la catedral de Angulema. Dedicada desde luego á San Saturnino, fué devastada por los arrianos visigodos, cuya dominacion se extendia sobre todo el Mediodía de la Francia. Despues de la derrota de Alarico II, Clodoveo II, hizo reedificar como para dar gracias á la ciudad de Angulema de haber sido el teatro de una victoria tan brillante, y la nueva iglesia fué dedicada á

San Pedro. Asolada, medio destruida por los normandos, dueños de Angulema, fué de nuevo construida hácia el año 1000, en tiempo de Guillermo llamado Tallaferro: tres obispos, cuyo nombre se ignora, hicieron la dedicacion de la iglesia en 1017. En 1120 fué reedificada de *primo lépide*, dice el historiador de los obispos y condes de Angulema, por Gerardo II, obispo de aquella diócesis y legado de la Santa Sede. En el siglo XIV se construyeron dos capillas con bóvedas ojivales lateralmente á la ábside, y para que hubiese comunicacion entre esta última y la nueva construccion, horadaron los muros en los intercolumnios; despues, en la misma época, como no podia tener bastante luz la nave, abrieron los muros laterales y tres cúpulas de ella. Al fin del siglo último, para restaurar el monumento, demolieron los canónigos los antiguos pilares que sostenian la cúpula del campanario y construyeron en la base de éste la actual sacristía.

La fachada es una de las mas vastas composiciones simbólicas que posee la Francia; está decorada por nueve arcos, cuatro de los cuales forman otras tantas absidiolas, y cinco contienen ventanas para dar luz. No queda mas que una bola absidiola (que representa nuestro dibujo á la derecha); las demás, asi como las cuatro ventanas laterales, han desaparecido para poner el ábside en comunicacion con las capillas góticas de que está flanqueada. Tal cual está hoy, sin embargo de las devastaciones y modificaciones de que ha sido víctima, este ábside merece la atencion de los arqueólogos y escita la admiracion de los artistas; señalaremos particularmente en el exterior la cornisa de la nave sobre la ventana principal, en la que hay un hermoso bajo relieve, en el que se ve una cierva entre dos leones, de una excelente ejecucion original.

## RAMILLETES DE ALFONSO KARR.

### PRIMER RAMILLETE PARA LA JUVENTUD.

**Felicidad.**—Si debe respetarse la felicidad agena, tambien debe tratarse con delicadeza la propia.

Dos jóvenes esposos se pasean por el campo, yendo por la margen de un riachuelo, detrás del cual se levanta una colina cubierta de verdor. Una suave pendiente conduce á una casita oculta con grandes rosales, en los que ha sido necesario abrir hueco para las ventanas.—Los rayos oblicuos del sol, que está poniéndose, dan á la casita refulgente colorido.

«¡Qué deliciosa morada! esclaman los jóvenes esposos; ¡qué felicidad la de vivir en esa casita y no salir nunca de ella!» Atraviesan en seguida el riachuelo,—si no hay barca, lo pasan á nado,—trepan despues con dificultad por la colina.—Llegan faltos de aliento y entran en la casa. Se asoman á la ventana,—¡cuán trocado está todo!—El sol que les

da en la cara, les incomoda impidiéndoles que vean. Defendiendo sus ojos con la mano, examinan el monotono camino que acaban de atravesar, por donde están pasando carretas llenas de estiércol.—Además, en el otro lado del camino solamente hay unos casucos miserables, tristes y asquerosos y unos ventorrillos pintados de feo color rojo. No ven ya la colina cubierta de verdor, ni la deliciosa casa, ni los floridos rosales iluminados por el sol que se estaba poniendo.

Para que no muden de aspecto las cosas que nos parecen bellas y agradables, es necesario no penetrar, no entrar en medio de ellas,—es menester quedarse en frente y las mas veces mirarlas desde algo lejos.

Las felicidades duraderas son las que se retiran, en proporcion que nos vamos acercando hácia ellas.

**Padres é hijos: bienhechores é ingratos.**—Si habeis creído, padres y bienhechores, que podeis contar con el agradecimiento de los hijos á quienes colmais de beneficios y de las personas que favoreceis, vivís en un error... Ahora mismo estoy viendo por mi ventana un gran serbal, cubierto



de fruta encarnada, y puestos sobre él dos mirlos negros de buen tamaño, que con su anaranjado pico disfrutaban un suntuoso banquete á costa del árbol. ¿Creeis que el serbal exige de los mirlos que le canten sus alabanzas ó que se queje de ellos, porque no tienen ningun fruto que darle en cambio de los suyos? De ningun modo, el serbal se considera muy feliz en que los mirlos canten y coman bajo sus amarillas ramas. ¿Y quereis saber lo que los mirlos están cantando? Acaso creeis que dicen: «¡Ah! ¡grande y bondadoso serbal, generoso serbal, bendito seas entre todos los árboles!» Nada de esto; oidlo: «¡Ah! ¡qué buenas serbas! nunca las he comido tan maduras ni tan encarnadas. ¡Estaba yo inquieto por el invierno! y tengo aquí para comer hasta la primavera.—¡Hé! venid, compañero, y vosotros, mis pequenuelos, venid á tomar una deliciosa comida.» Veis que nada se refiere al serbal; mas todo esto se canta con alegre y suave melodía, y el serbal goza con el júbilo de los pájaros y no desea tener flores ni frutos el año próximo. Segun veis, la Providencia ha hecho los serbales para los mirlos. Si sois un serbal, llevad tranquilamente vuestro estado de serbal, y no os quejais ni refunfuñeis.

Por otro lado, á pesar de vuestras inexorables resoluciones, no conseguireis cambiar de naturaleza y os quedareis siempre tal cual sois. El mismo serbal, cuando los mirlos y los tordos le hubieren despojado de su fruta, quedará con aspecto bastante entristecido; pero miradlo luego por la primavera, y entre todos los árboles de los bosques será el primero en abrir las flores que deben convertirse en frutos.

Será entonces muy feliz si los mirlos vuelven á despojarlo, y si encontrando menos fruta que el año anterior, no le echan en cara su avaricia, dándole picotazos y yéndose á quejar á los pájaros de las inmediaciones. El serbal se limitará á contarles la historieta siguiente:

Habia cierto abuelo que comía con sus hijos y con sus nietos. Juzgaban aquellos muy gravoso el mantener al anciano, aun haciéndole pagar un tanto y á pesar de que éste los habia mantenido en otro tiempo gratuitamente y solo por cariño. Habiendo un día visto la hija y el yerno que él deramaba la comida sobre el mantel y sobre su barba, lo enviaron á que en adelante comiese solo detrás del hornillo en una horterita que ni aun estaba llena... Una noche, pues, que comian ellos abundantemente en la mesa, mientras el abuelo estaba en su rincon con la horterita, vieron qué su niño, que tenia cuatro años, estaba cortando con su cuchillo en el suelo un pedazo de madera.

—¿Qué haces ahí? le preguntaron.

—Una horterita, contestó el niño, para que papá y mamá coman, cuando yo me case como vds.

El marido y la muger se miraron ruborizados, dice la historia, y llamaron junto á ellos al abuelo, quien no volvió á separarse de la mesa de la familia.

De esta manera hablará el serbal á los mirlos; mas apuesto á que los mirlos no lo comprenderán, ó aparentarán no comprenderlo, ó se incomodarán como si se les dijieran injurias.

¿Quereis vosotros, padres y bienhechores, que vuestros hijos y vuestros protegidos aprecien vuestras generosidades? No les deis ni pan, ni vino, ni carne, que os costarán muy caros, y no os lo agradecerán. Dadles postre y confites, que no os costarán nada, y que tendrán la apariencia de regalo.

Lo supérfluo es lo único que atrae la voluntad de la gente. Lo necesario no forma sino ingratos.

**Respeto á la edad.**—Los ancianos son amigos que se marchan, y al menos, es necesario acompañarlos cortés y suavemente.

Es muy buena señal en favor de un joven, cuando los ancianos dicen que él es amable y respetuoso.

En vuestras relaciones con los ancianos, considerad los miramientos que desearéis hallar en vuestra vejez, y arreglaos á ello.

No honrar la vejez, es destruir por la mañana la casa donde hay que recogerse á la noche.

Es preciso tratar á los ancianos con cierta variedad de miramientos que recuerde lo que todos consideran en el anciano: un poco de padre, un poco de magistrado y un poco de niño.

Es menester engañar á los ancianos acerca de la proximidad de la muerte, del mismo modo que la naturaleza lo hace. Ved, si no, á un joven y á un anciano que planten árboles: el joven los planta ya crecidos y robustos, y es muchísimo que se ocupe en plantarlos, porque no tiene tiempo para aguardar. El anciano no tiene prisa; planta árboles muy nuevos, y dice: «Dentro de veinte años me darán magnífica sombra.»

**Jóvenes y viejos.**—Nosotros formamos parte de una generacion que se marcha. Hemos sido jóvenes, hemos sido poetas, algunos lo son todavía; nuestros hijos é hijas son mas razonables y mas viejos que nosotros.

Es necesario que tomemos nuestro partido.—Desprecian y destruyen lo que hemos querido y cantado.—El género humano ha concluido su juventud; está entrando en su edad madura; en esta edad en que la utilidad y el regalo forman las únicas aspiraciones; en que el dinero ocupa el primer lugar y reina exclusivamente: en que se habla acerca de los placeres y de los gustos de la juventud, del mismo modo que esta habla de los entretenimientos y juguetes de la infancia, y en que con igual indiferencia se tratan el aro y la poesía, las bolas y el desinterés, los cubiletes y el amor, el polichinela y la abnegacion, el trompo y la amistad.

Nosotros renunciamos á entrar en combate; pero que nuestros *formales*, nuestros *hábiles* hijos nos permitan que no los sigamos, que se contenten con que los dejemos que vayan por donde quieran, y que nos permitan sentarnos bajo los últimos álamos,—este árbol sin producto será muy en breve suprimido,—y con melancólica voz entonar algunas elegías á lo que su elevada razon va á hacer que desaparezca. En adelante no se cantarán mas elegías, y todo irá perfectísimamente.

Ya no habrá grandes bosques, llenos de aves y de encantos, ni inmensas praderas, ni frondosos vallados de rosales y madre selvas silvestres, donde los gorriones hacen sus nidos con la lana que de los carneros encuentran.

**Cigarro.**—Encended un cigarro, joven lector, y prestadme alguna atencion.

Vamos á hablar acerca del tabaco.

Imaginaos hace trescientos años, el momento en que el embajador Nicot traía á Francia, en 1559, la primera muestra de tabaco para ofrecerla á Catalina de Médicis; imaginaos



á un hombre que pidiese audiencia al cardenal de Lorena, y le hubiera dicho:

—Señor eminentísimo: las rentas del Estado deben hallarse en muy apurada situación. Vengo á proponeros el establecimiento de una contribucion que hará ingresar en las arcas reales cien millones de francos, contribucion voluntaria, á que nadie estará obligado, y todos la pagarán. Trátase únicamente de que el gobierno se reserve el privilegio esclusivo de vender cierta yerba, que reducida á polvo se introducirá en las narices. Tambien se podrá dejar esta yerba en hojas, y mascarla, y aun quemarla entre los lábios y aspirar su humo.

—¿Será, pues, un perfume mas delicioso que el ámbar, la algalia y la rosa, hubiera dicho el cardenal, ó una panacea de virtudes maravillosas, y que evite al hombre la necesidad de comer?

—De ningun modo; esta yerba, mascada, inficiona el aliento y ocasiona en el estómago terribles desórdenes. Cuando se aspira su humo, es caso muy distinto. Las primeras veces se sentirán dolores de corazon, náuseas, mareos, cólicos y sudores frios. Mas con el tiempo se irán habituando hasta el punto de no experimentar sino rara vez aquellos síntomas. Los trabajadores empleados en semejante fabricacion, se hallarán sujetos á cólicos, vómitos, dolores de cabeza, mareos, temblores musculares y afecciones de pecho.

—¡Luego esa yerba es un veneno! habria dicho el cardenal de Lorena, en el supuesto de que hubiese escuchado á aquel hombre, despues de oida su primera frase.

—Y de los mas activos que se conocen, habria éste contestado.

—¿Cómo suponeis entonces que haya imbéciles y locos que consientan fumar esa yerba ó introducirse en polvo por las narices?

—Monseñor, algun dia habrá en Francia mas de veinte millones.

El cardenal de Lorena lo hubiera echado á la calle ó mandándolo éncerrar por loco, aunque el cardenal no era contrario á los proyectos atrevidos.

Ahora bien, el cardenal de Lorena se habria equivocado. Actualmente los franceses queman, aspiran y absorben por las narices catorce millones de kilogramos de tabaco, segun los cálculos de Mr. de Gasparin.

Mientras tanto, todos los jueces han hablado:

«El hábito de tomar tabaco, dice el sabio Porret, enflaquece el cuerpo, debilita la memoria, etc. Se han dado casos de locura, de ceguera y de parálisis. Santeuil murió por haber bebido un vaso de vino en que habian echado tabaco.»

El no menos sábio Murray refiere la historia de tres niños que fueron atacados con vómitos y mareos, y en medio de convulsiones, murieron en veinte y cuatro horas, porque se les habia untado la cabeza con ungüento de tabaco.

«La nicotina, dice Mr. de Gasparin en su célebre tratado de agricultura, es tan venenosa, que tres ó cuatro gotas bastan para matar un perro.»

«El tabaco, dice Mr. Lemabut, tiene todas las propiedades dañinas del beleño y de la *datura stramonium*.»

No hay botánico, químico, ni doctor alguno, que sostenga la opinion contraria.

Veamos ahora qué placer proporciona en realidad el uso del tabaco.

¿Consiste, como se supone, en una especie de embriaguez que suministre ideas é ilusiones agradables?

Por mi parte, niego este efecto. El tabaco no embriaga, sino priva del sentido.

El único placer físico, insignificante, que el tabaco proporciona, es placer de los ojos. Despues de largas indagaciones, me he convencido de ello y voy á convencerlos.

Consiste en el hecho muy tonto de ver subir el humo. Si fumais de noche y sin luz, mirais, á falta de otra cosa, la estremidad incandescente y roja del cigarro, y sin advertirlo, haceis caer con mayor frecuencia la ceniza que os ocultaria el fuego.

Tratad de fumar con los ojos cerrados. ¿Habeis nunca visto fumar á un ciego?

Atended, jóvenes, á otra consideracion: tres ó cuatro veces al dia os lavais las manos con jabon de almendras amargas, os untais vuestros cabellos con olorosa pomada, vuestra ropa blanca está guardada con saquitos de olor. Llevais á las señoras, vuestras amigas, las primeras violetas de Parma ó las rosas de invierno, abiertas en las estufas de París ó al aire libre en nuestro jardin de Niza.

¡Inútiles esfuerzos! ¡Trabajo perdido! Tanto el jabon de almendras amargas y el ámbar, como el heliótropo, las violetas de Parma y las rosas, todo esto ha desaparecido con el infectado olor que despedís. Vuestros vestidos, impregnados de tabaco, os anuncian desde la antesala.

Si os gustan los malos olores, tenedlos en vuestra casa, en frasco muy bien tapado. Podeis respirarlos; pero careceis del derecho de exhalarlos, esto es, de molestar con ellos á los que no les agradan.

Vamos, mis jóvenes amigos, dejad á los *viejos* que despidan mal olor. Esa juventud, que en vuestro semblante resplandece, esos risueños amores que se dilatan en vuestro corazon en la primavera de la vida, todo eso que se espresa naturalmente por medio de metáforas sacadas de las flores, no tolera ni admite malos olores.

Algunas veces he creído que el empeño de inficionarse con el humo del tabaco ocultaba quizá algun fin mas delicado del que se sospecha.

El hombre civilizado ha creído que debia añadir á la hermosura natural de las mugeres el contraste de su fealdad voluntaria.

—Acaso, me decia á mí mismo, para mas aumentar el contraste, han querido dejar á las mugeres el monopolio de un aliento puro y suave, y acabar de darles de este modo la apariencia de una especie superior.

El tabaco es una necesidad para algunas personas... ¡Para qué, pues, aumentar el número de las necesidades!

La naturaleza nos ha dado solamente tres ó cuatro.

Vosotros, ¡oh jóvenes! que todavía teneis, ó que al menos debiérais tener, esos hermosos, grandes y nobles instintos de libertad, que parece que nuestra generacion ha perdido, desconfiad de los hábitos y de las necesidades, pues son los enemigos y los destructores de toda libertad. Cada hábito es un cordel, y cada necesidad una cadena.

Vosotros que quereis ser libres, declarad guerra á los hábitos, guerra á las nuevas necesidades y guerra al cigarro.